

## 1. *Pequeño Árbol*

Mamá sólo duró un año después de que papá nos dejara. Ésa fue la razón de que con cinco años, nada más, viniera a vivir con los abuelos.

Según la abuela, la familia, después del funeral, había organizado una buena.

En el patio trasero de nuestra cabaña de las montañas, al borde de un barranco, estuvieron debatiendo hasta decir basta la cuestión de dónde iba a ir yo, al mismo tiempo que se repartían el armazón de la cama, la mesa y las sillas.

El abuelo no dijo nada. Se quedó en un extremo del patio, en el límite del grupo, con la abuela detrás de él. La abuela era cheroqui pura y el abuelo sólo a medias.

El abuelo sobresalía por encima de los demás; alto, un metro noventa, con su gran sombrero negro y su traje impecable, también negro, que sólo se ponía para ir a la iglesia o asistir a funerales. La abuela no alzaba los ojos del suelo, pero el abuelo me había mirado, por encima de los demás, de manera que me fui acercando a él a través del patio y me agarré a su pierna y no me quise soltar ni siquiera cuando trataron de hacer fuerza para separarme.

La abuela dijo que no grité, ni tampoco lloré, sólo seguí

agarrado; y que después de mucho tiempo, ellos tirando y yo resistiendo, el abuelo me puso una mano, bien grande, sobre la cabeza.

«Dejadlo tranquilo», dijo. Así que me dejaron en paz. El abuelo casi nunca hablaba cuando había mucha gente, pero cuando lo hacía, me explicó la abuela, los demás escuchaban.

La tarde estaba oscura –era invierno– mientras bajábamos por la ladera, camino de la carretera que nos conduciría a la ciudad. Luego, el abuelo, que llevaba mi ropa al hombro en un saco de arpillera, nos fue guiando por el arcén. Aprendí enseguida que si caminabas detrás del abuelo tenías que trotar; y la abuela, detrás de mí, se tenía que alzar la falda de vez en cuando para no quedarse atrás.

Cuando entramos en la ciudad y en sus calles, seguimos en el mismo orden, el abuelo delante, hasta que llegamos a la parte de atrás de la estación de autobuses. Nos quedamos allí mucho tiempo; la abuela iba leyendo los rótulos de los autobuses cuando llegaban y antes de que se fueran. El abuelo dijo que la abuela leía tan bien como el mejor. Encontró nuestro autobús, sin vacilar, justo cuando empezaba a hacerse de noche.

Esperamos a que toda la gente se hubiera subido, e hicimos bien, porque los problemas empezaron en el momento en que cruzamos la puerta. El abuelo iba delante, yo en el medio y la abuela en el escalón más bajo, muy cerca del suelo. El abuelo se sacó el monedero del bolsillo del pantalón y se dispuso a pagar.

–¿Dónde están los billetes? –el chófer alzó mucho la voz, y todo el mundo en el autobús se nos quedó mirando.

Aquello no le importó ni pizca al abuelo. Le explicó al chófer que estábamos dispuestos a pagar y la abuela le susurró en voz muy baja, desde detrás de mí, que le dijera a dónde íbamos. El abuelo lo hizo.

El chófer le dijo al abuelo cuánto era y mientras el abuelo contaba el dinero con mucho cuidado –porque la luz no era buena– el otro se volvió hacia los pasajeros, alzó la mano derecha, dijo «¡hau!», se echó a reír y toda la gente rió también. Yo me sentí mejor al darme cuenta de que no nos miraban mal y de que no se enfadaban porque no llevásemos billete.

Después nos fuimos a la parte de atrás del autobús y entonces me fijé en que había una señora que estaba enferma. Tenía una negrura que no era natural alrededor de los ojos y la boca toda roja de sangre; pero cuando pasábamos se puso una mano sobre la boca y luego la estuvo moviendo mientras gritaba muy fuerte. Pero calculo que el dolor debió de pasársele enseguida, porque se echó a reír y todo el mundo rió también. El hombre sentado a su lado también se reía y se golpeaba la pierna con la mano. Llevaba un gran alfiler reluciente en la corbata, así que supuse que eran gente rica y que podían llamar a un médico si lo necesitaban.

Me senté entre la abuela y el abuelo, y la abuela extendió el brazo y dio palmaditas al abuelo en la mano, y él cogió la de la abuela y la apoyó sobre mi regazo. Aquello hizo que me sintiera a gusto y me quedase dormido.

Era ya muy de noche cuando nos apeamos del autobús en el arcén de un camino de grava. El abuelo echó a andar, con la abuela y yo detrás. Hacía un frío de mucho cuidado. Había salido la luna, que era como media sandía, muy re-

donda, y bajo sus rayos todo el camino, hasta que desaparecía en una curva delante de nosotros, brillaba como si fuera de plata.

Sólo cuando lo dejamos para seguir unas rodadas con hierba en el centro reparé en las montañas. Estaban muy oscuras, con la luna justo encima de una cresta tan alta que tuve que echar la cabeza hacia atrás para verla. La negrura de las montañas me hizo estremecer.

La abuela habló detrás de mí:

–Wales, el niño se está cansando.

El abuelo dejó de caminar y se volvió. Me miró, aunque el gran sombrero que llevaba le dejaba la cara en sombra.

–Es mejor cansarse cuando se ha perdido algo –dijo.

Se volvió y siguió adelante, pero ya era más fácil seguirlo. Iba más despacio, así que calculé que también estaba cansado.

Después de mucho tiempo abandonamos las rodadas para continuar por un sendero y nos dirigimos de frente hacia las montañas. Parecía como si fuéramos a estrellarnos con una, pero a medida que caminábamos, daban la sensación de abrirse y formar pliegues a nuestro alrededor por todos lados.

El ruido que hacíamos al andar comenzó a tener eco, y empezaron a notarse movimientos cercanos, y murmullos y suspiros que se filtraban entre los árboles como si todo se hubiera llenado de vida. Y hacía calor. Había un tintineo y un borboteo y un rumor a nuestro lado, un riachuelo de montaña que se deslizaba sobre las rocas y hacía charcas donde se tomaba un descanso antes de echar a correr de nuevo. Estábamos en los vallecitos entre las montañas.

#### MONTAÑAS COMO ISLAS

La luna se metió detrás de la cresta: dejamos de verla, pero todavía llenaba el cielo de luz plateada. Dotaba al valle entre montañas una cúpula de luz gris que se reflejaba sobre nosotros.

La abuela empezó a tararear una melodía detrás de mí; supe que era india, que no necesitaba palabras para que su significado fuese claro, e hizo que me sintiera seguro.

Un perro aulló tan de repente que di un salto. Un aullido largo y triste, roto en gemidos que los ecos retomaron y fueron llevando cada vez más lejos, devolviéndolos a las montañas.

El abuelo rió entre dientes:

—Ésa debe de ser la buena de Maud, tiene menos olfato que un perrillo faldero, sólo depende de lo que oye.

Al cabo de un minuto estábamos cubiertos de perros, que gemían alrededor del abuelo y me olisqueaban para familiarizarse con el recién llegado. Maud aulló de nuevo, esta vez mucho más cerca.

—¡Cállate, Maud! —dijo el abuelo.

Y la perra supo ya quién era y vino corriendo y nos saltó encima.

Cruzamos el arroyo y allí estaba la cabaña, hecha con troncos, escondida bajo grandes árboles, con la montaña a su espalda y un porche que recorría todo el frente.

La cabaña tenía un pasillo ancho que separaba las habitaciones y estaba abierto por ambos extremos. Algunas personas lo llaman «galería», pero para los montañeses es un «paso de perros» porque los canes cruzan por ahí. A un lado había una habitación muy grande para cocinar, comer y pasar el tiempo y a otro lado había dos dormitorios. Uno era el de los abuelos. El otro iba a ser el mío.

Me tumbé sobre la suavidad elástica del entretejido de piel de ciervo extendido en el bastidor de nogal. Por la ventana abierta veía los árboles más allá del arroyo, oscuros con la luz espectral de la luna. El recuerdo de mamá me vino corriendo, así como la extrañeza del sitio donde estaba.

Una mano me rozó la cabeza. Era la abuela, sentada a mi lado en el suelo; había extendido a su alrededor la falda, que le llegaba hasta los pies, y sus trenzas, con mechones de plata, le caían por encima de los hombros hasta el regazo. También estaba mirando por la ventana y enseguida empezó a cantar en voz baja y suave:

*El bosque y el viento entre los árboles  
lo han sentido llegar.  
La montaña le da la bienvenida con su canción.  
No tienen miedo de Pequeño Árbol,  
saben de su buen corazón  
y cantan «Pequeño Árbol no está solo».*

*Hasta el pequeño e ingenuo Lay-na,  
con sus aguas que hablan y susurran,  
baila alegre mientras baja de las montañas.  
«Escuchad mi canción  
sobre un hermano que ha venido entre nosotros,  
Pequeño Árbol es nuestro hermano y ha llegado ya.»*

*Aui Usdi, el cervatillo  
y Min-e-li, la codorniz,  
incluso Kagu, el cuervo, se unen a la canción:  
«Valiente es el corazón de Pequeño Árbol  
y la bondad es su fortaleza.  
Pequeño Árbol no estará nunca solo».*

MONTAÑAS COMO ISLAS

La abuela cantó al tiempo que se balanceaba despacio hacia atrás y hacia delante. Y yo oía hablar al viento y a Lay-na, el arroyo, cantando acerca de mí y contándoselo a todos mis hermanos.

Supe que Pequeño Árbol era yo y me hizo feliz que todos me quisieran y les gustara mi compañía. De manera que me dormí y no lloré.